

los grandes cuerpos del Estado, ó en una hábil division del poder con la multitud, de modo que se satisfaga la ambicion de esta; no, su superioridad y su fuerza consistia solamente en tener mas medios de matar que sus adversarios, en anticiparse á los que querian quitarle la vida, en tener á su alrededor á los pretorianos y á los lictores, y en fiarlo todo á la fidelidad y prontitud del verdugo.

Véase á lo que se habia reducido la majestad del nombre de César y la gloria de aquella dinastía, aumentada con las adopciones y los matrimonios, y que iba extinguiéndose sucesivamente en alguna isla desierta ó en los tenebrosos subterráneos de palacio. Ya no se contaban entre los medios de fuerza del gobierno la minoría de Augusto y de César, y la veneracion religiosa hácia ellos. El primer aventurero que hubiese tenido la audacia de ocupar el puesto de Tiberio al lado del lictor, y cuya primera palabra hubiera sido una palabra de muerte para su predecesor, habria estado seguro de ser César, tan legítimamente, tan divinamente ó tan poco seguramente como Tiberio.

En semejante situacion es fácil conocer que el que, como Getúlico, no se amedrentase en medio del terror general, debia ser amado y sostenido en medio del aislamiento universal, porque sería un hombre, no para ser provocado, sino para ser temido. Y hay una especie de consuelo al ver que en realidad son tan débiles los gobiernos mas sanguinarios. Considerándolo atentamente se ve que los príncipes que adoptaron este medio para conservar y aumentar el poder, y fueron casi admirados por la fuerza y energía de su política, fueron impulsados á este sistema por el miedo, y por consiguiente en muchas cosas demostraron una debilidad é impotencia increíbles. El sistema de gobierno de Tiberio fué casi un legado impuesto á sus sucesores; en medio del egoísmo y de la inmoralidad general, solo se reinó, puede decirse, por la desconfianza, y la desconfianza les arrastró muy pronto á aquel sistema. Los Antoninos se atrevieron á reinar de otra manera, se arriesgaron á no estar continuamente en un estado de terror y de amenaza, y bajo estos príncipes hubo una quietud casi milagrosa; pero despues de ellos volvió el imperio á su antiguo estado; la delacion, el abandono de los proscritos, la influencia desordenada de la fuerza militar, quedaron como una cosa propia en la vida romana.

Pronto se conoció que en tal gobierno era muy fácil matar el emperador y reemplazarle; el señor era el que tenia á su lado al verdugo, sin mas sucesion ni legitimidad. Esta fué la causa de aquella precipitada sucesion de emperadores desconocidos, nombrados hoy y asesinados al dia siguiente, de aquella multitud de césares de todos los órdenes y de todas las naciones para los cuales no se tiene mas que un poco de compasion por su muerte.

Temor y desconfianza sin límites; este fué

por espacio de tres siglos el principio social que sirvió para gobernar el mundo. No hubo apariencia ninguna de castigo ó de represion, aunque fuese violenta, de temor legal, de acusacion, de juicio; sino que se diezmó el imperio, se mataba sin límites, y reinaba el terror no contra culpables ó enemigos, sino contra todos; un furor de matar para no dar tiempo á la venganza ó á la rebelion.

Nuestra edad ó la de nuestros padres vió una época algo semejante á esta; cinco ó seis hombres de talento muy inferior al de Tiberio, colocados por la ola revolucionaria á la cabeza del poder en un momento de crisis, asustados ellos mismos de la situacion en que se habian colocado, eligieron, á falta de otros medios que la medianía de su espíritu no les sugeria, el mas fácil de gobernar, el terror. Odiados de todos y á pesar de tanto odio bastante viles para ser despreciados, vivieron por medio del terror; tuvieron leyes de majestad como Tiberio; como Tiberio un Senado que les obedecia en la consternacion general, y temblando condenaba á muerte á los proscritos; como Tiberio tuvieron tambien sus gemonias; y las plazas y las barreras de Paris recibian en un dia, no veinte cadáveres (qué fué la jornada mas sangrienta del tirano romano) sino ochenta y cinco de una vez.

No comparemos, sin embargo, las dos épocas; su paralelo no puede ser perfecto; pero como en tiempo de Tiberio se diezmó á todo el pueblo, no se trataba de matar á este ó al otro, sino al mayor número posible, para aterrar á todos, ejemplo único, creo, en la historia moderna. La delacion era igualmente premiada, la misma espiacion gratuita, hecha en lo general para salvarse á sí mismo, ménos formas aun de juicio y mayor indiferencia en cuanto á la realidad de la acusacion, y por parte de la multitud aquella diligencia que formó el terror, contagio universal del miedo, olvido de toda resistencia, á pesar de la realidad del poder; mas valor para morir que para defenderse y vivir; habiendo, por el contrario, una facilidad para la muerte, para ir al suplicio, que se llamaba la fiebre del patíbulo.

Hubo tambien aquella educacion antigua, declamatoria y pueril de frases y de antitesis, en que se formaron los Hispones y los Aterios de entónces, abogados medianos, autores silbados, médicos oscuros, á quienes se habia enseñado á admirar á Bruto y á Casio, y que adorando falsamente una antigüedad que no comprendian, creyeron realizarla, imitándola solo en su innoble decadencia; grandes retóricos que no mataban á un hombre sin echar sobre su cabeza algunas figuras retóricas; Anacreontes de la guillotina, hombres en quien nunca he podido descubrir mas que una profunda medianía; ¡basta observar la pequeñez de sus frentes!

Tanto en unos como en otros puede encontrarse el temor, primer móvil de Tiberio, su aficion al oro, su infame lujo de Caprea, sus

disoluciones y su mezcla de crueldad y de diversiones. Pero, gracias á Dios, hubo algunas diferencias.

Tiberio subió al trono en el momento mas pacífico, en medio de una sociedad tranquila, en que dominaba aun el espíritu paternal, apacible y conservador de Augusto. Los Jacobinos principiaron á regir los destinos de su nacion en medio de una crisis capaz de aturdir las cabezas mas fuertes. Aquel creó el terror, estos le encontraron ya. Además, ya no reinaba el antiguo egoísmo; la sociedad estaba fundada en otras bases, y aunque se vió la misma debilidad, no hubo aquella inmoralidad, aquel abandono general, aquella falta de todo vínculo; la fuga ó el retiro no estaban sin esperanza alguna; pocos hombres fueron vendidos y muchos salvados milagrosamente, la caridad y la familia desafiaron al poder.

Peró la gran diferencia consiste en que la tiranía de Tiberio, contando solo desde la muerte de Druso, duró quince años. La otra fué mas violenta y mas cruel pero mas corta. Al cabo de algunos meses el paroxismo del terror engendró el valor; el Senado, amenazado de cerca, se rebeló, conoció su fuerza y derrocó á Tiberio. En la sociedad europea no podia durar mucho tiempo una cosa semejante, porque la Europa estaba aun basada en las máximas cristianas. Los sentimientos de humanidad y de justicia viven con nosotros, y si se comprimen, vuelven despues á elevarse.

Nosotros somos mejores que los antiguos. César se distingue de toda la antigüedad porque era moderno en su modo de pensar; escribió á Ciceron una carta, que es única, creo, en la historia antigua: « Probemos si de este modo » podemos ganar las simpatías de todos los » ánimos, y hacer duradera nuestra victoria; » la crueldad de los demas no pudo evitarles » el odio público, ni asegurarles la victoria, » desde Sila á quien yo no imitaré. Quiero se- » guir una senda nueva, hacerme fuerte con la » bondad y la clemencia. »

Las virtudes de la antigüedad, si entónces habia virtudes, no pueden convenir á nuestros tiempos, y se quisieron renovar demasiado seriamente en el 93, é inocentemente en los nuestros. He leído, no sé dónde, pero estoy seguro de haberlo leído: « Queremos mas bien ver perecer á la mitad de la nacion que... » Ya esto no significa nada; no somos ya los antiguos, con sus muchos esclavos, á quienes se dirigian estas frases tan retumbantes. Somos ciudadanos honrados, hombres de bien, mas limitados en nuestro poder individual, que no queremos mas que ayudar en su marcha á la máquina social; sabemos unirnos y exponernos á los peligros para conseguirlo, pero no damos á quien nos lo pide nuestro último nombre, nuestro último escudo, y no entregamos ciega- mente nuestros hijos á esa divinidad devoradora que se llama patria.

La Junta de Salvacion pública tuvo sus

apologías; y ¿por qué Tiberio no habia de tener los suyos? La base de estas apologías es siempre la máxima que no se cita: « El fin justifica los medios. » Los medios fueron espantosos, y esto es horrible. Lloraban á lágrima viva los mismos que los empleaban, pero eran necesarios para salvar al país, pues si no, ¿hubieran podido obrar de tal manera aquellos hombres tan puros y tan virtuosos? Por lo demas, si dejaban desierto el terreno de la sociedad, era para edificar en él. Tenian un magnífico orden social pronto para ponerse en práctica, una teoría de felicidad pública que necesitaba solo algunas cabezas para desenvolverse libremente. ¿Por qué no habia de dejárseles su época? El momento estaba próximo, la patria exigia ya muy pocas ó ninguna prosercion. Esta era de felicidad, de libertad, de riqueza universal estaba ya á punto de principiar, y todos se abrazarian el 10 de termidor.

Todo esto puede aplicarse á Tiberio, y me admira que algun paradojista no lo haya hecho. Podria hacerse ver que hasta su tiempo habia habido en Roma una aristocracia opresiva, enriquecida con los bienes que arrebatava al pueblo, ominosa especialmente á las provincias, en donde saqueaba á su arbitrio, y podria citarse á Vérres y á otros muchos. Esta aristocracia, vencida por César, no estaba aun destruida; aun era rica, poderosa por sus recuerdos, estaba rodeada de su clientela, participaba de todos los asuntos del Estado, y tenia aun mil ocasiones de sacar el jugo al pueblo.

En cuanto á Tiberio, le pintarian como un hombre honrado que no exigia ni honores, ni adulaciones, ni pomposos homenajes, y esto es cierto, amante de los placeres interiores, « idollatrando las artes, » los banquetes de familia, como se dijo de los buenos señores de la Montaña; que nunca hubiera abandonado la quietud de su vida doméstica, la vida tranquila de los ciudadanos de Roma, si no le hubiese llamado el peligro público, si no se hubiera visto obligado á libertar al pueblo y al mundo, á terminar la obra de César, á desarraigar hasta en sus fundamentos aquella tiranía aristocrática, á establecer bajo un solo príncipe una perfecta igualdad; una inmensa y tierna fraternidad que hubiera abrazado á todos desde el Arabe al Breton, y desde el Mauritano al Sarmata. ¿Quién podrá negar sus cualidades personales? ¿Entre los Jacobinos quién reparó á su costa, como lo hizo Tiberio, un barrio entero de la ciudad que se habia incendiado? Si, como se ha dicho, la Junta de Salvacion pública estaba compuesta de almas sensibles, amantes de la dulce literatura; si Robespierre se deleitaba leyendo la Nueva Eloísa y habia principiado sus arengas con un elogio de Gresset, Tiberio tambien se dió á conocer con versos elegíacos á la muerte de su primo Lucio César, imitaba á los enamerados poetas de la Grecia, Euforion, Riano, Partenio, y hacia poner en las bibliotecas públicas sus obras y retratos.

Su figura, al decir verdad, era algo repugnante; sin embargo, era un hombre demasiado bueno para no deplorar en su retiro de Caprea la sangre que la necesidad le hacía derramar, y pasaba muchas noches de seguro vertiendo lágrimas: cuando podía indultaba á los culpables (y se citarian dos ó tres ejemplos); era muy compasivo, principalmente con aquellos que se mataban ántes de ser juzgados (respecto de los cuales aseguraba el Senado que si hubieran vivido los habria absuelto); pero no permitía que la sensibilidad de su corazón impusiese silencio á sus deberes patrióticos, y para hacer uso de la frase ordenanza, conservaba toda su energía.

Todas estas apologías son del mismo modo justas. Tienen la atracción de la paradoja que es grande verdaderamente; pero yo quiero también el fondo de la verdad de las cosas, y si alguna vez la verdad está de acuerdo con la opinión comun, yo seguiré la opinión. Yo no puedo encontrar su gran mérito en esa energía, que no se sacrifica á sí misma sino que sacrifica á los demas, sin una gran justificación en ese principio de la necesidad llamado por Milton la excusa de los tiranos; los delitos no me parecen absolutamente necesarios; ni creo que haya gran justicia á la apología de los medios por el fin: el fin en sustancia es una teoría buena ó mala, como se quiera, pero que no puede ser ni virtuosa ni culpable. Á todos les es permitido soñar con la igualdad espantosa ó con la ley agraria de Babeuf; y el fin es inocente, pero los medios son culpables. Esto solo puede juzgarlo la historia; por este medio el genio fecundo en recursos se distingue de una medianía sanguinaria.

No olvidemos nuestro primer pensamiento, la influencia de una educación falsa y declamatoria en la época de Tiberio; esta influencia se sintió bien pronto, y es curioso el ver cómo trató de obrar sobre las ideas. En tiempo de Trajano, después de un siglo en que se sucedieron sin interrupción señores como Tiberio, parece que debían aprovecharse de aquel momento de reposo para combatir un mal que estaba en el fondo de la sociedad. Leed á Plinio que truena contra los delatores; á Tácito que aprovechando los primeros días en que se pudo hablar, refiere desde su principio y desde su primer fundador Tiberio la historia de la tiranía, y la continúa hasta el fin para inspirar horror y evitar que vuelva otra vez: su obra es un verdadero libelo lleno de elocuencia y de verdad, escrito con la energía de un sentimiento real, dirigido contra un espíritu que vivía aun, dictado en cierto modo por todos aquellos que habian visto la tiranía y temían volver á verla; sus escritos son las memorias de todos los buenos de Roma.

Á esta inclinación se unia manifestamente la tendencia de reformar la elocuencia y la educación: y son casi los mismos hombres, Plinio, Tácito, Juvenal, Quintiliano, los que

combaten contra la escuela de Séneca, el preceptor y fraseador de Neron, á quien maldecía al mismo tiempo: este sistema de frases, de antítesis, de falsa elocuencia les parecia un grave mal; y comprimido el íntimo lazo que existe entre la controversia de la escuela y el litigio del Foro, no quisieron ya que hubiera aquellas escuelas en que se formaban los delatores. Cuando Quintiliano desenvuelve extensamente la tesis de « que el orador debe ser un hombre honrado, » no es esta tesis para él como sería para nosotros una verdad trivial; no es un verdadero instinto que habla, es el recuerdo de todo el mal causado por una elocuencia viciosa, es todo lo que pudo decir del reinado de los delatores en vida de Domiciano. Aquellos preceptistas tienen un profundo y evidente deseo de purificar los pensamientos, de dirigir por mejor senda las inteligencias, de fortalecer la probidad, de dar buena dirección á la ambición de la juventud que ven venir detrás de ellos, que es romana, es decir, que lleva en sí todos los vicios que forman á los delatores, que no conoce lo pasado y á quien enseña para hacer que le abozca; que no tiene regla ninguna para el porvenir, regla que procuran dárles estos hombres virtuosos.

La educación presente es, por fortuna, ménos griega y romana de lo que fué en otros tiempos; pero si se conservan aun en algunas cabezas, sin ser afortunadamente muy comunes, todas aquellas ideas que tienden á hacer ver en la patria, no una asociación de hombres, sino una especie de fantasma, diviniza, á quien es preciso sacrificarlo todo, las doctrinas antiguas de inmolation del individuo á la sociedad, de omnipotencia de la ley, de desprecio por la propiedad, de odio á todo lo extranjero, de honor al suicidio, la culpa la tiene la educación, mas bien con su silencio que con sus preceptos; la educación descubre solo á medias el velo que cubre á la antigüedad; nos hace ver solo algunos fragmentos sin explicarlos, y permite que los jóvenes se admiren de lo que convienen en llamar virtud en un colegio. Yo no quiero proscribir el estudio de la antigüedad, lo que quiero es que se dé una idea justa, verdadera, completa de esta; diré lo que siempre he dicho, que es inferior á nosotros; y que tal como fué ó tal como la hicieron no es muy digna de imitación; en fin, yo quiero presentar las cosas tales como fueron realmente. La verdad no es tan amarga, no está tan privada de atractivo como se dice; la verdad histórica no depone del trono á todos los hombres grandes: observad de cerca á César ó á Napoleon. Sin duda el vestido de casa nos hace descubrir algunas de las debilidades humanas que se ocultan bajo el manto del héroe; pero el genio y los grandes hechos no dejan de existir. Y si la historia es buena para algo, lo es para esto, para rectificar nuestras ideas sobre lo presente con el conocimiento de lo pasado. La frase es el tirano de nuestro siglo: si yo fuese escritor, si yo tuviese

un poder, una influencia cualquiera, le haría la guerra. Estamos dominadas por la declamación, no de otra manera que los Romanos. Nuestro siglo negligente y poco filosófico se contenta con cinco ó seis palabras que toma por ideas y con las cuales vive. Todas las falsas ideas, todos los lugares comunes, falsos, dañosos, no eran originariamente mas que frases, periodos sonoros que se trasformaron en ideas y alguna vez se trasformaron en hechos. El primero que hizo la apología del suicidio no tenia intención de quitarse la vida, sino de entrar en la academia ó recibir cualquier otro honor; y sus magníficos periodos hicieron perecer mucha gente.

Perdónese me por haber abandonado la triste historia de Tiberio por mas tiempo del que debía.

Estaba Tiberio en el continente cuando supo que algunos acusados denunciados por él mismo habian sido absueltos sin interrogarlos. Esta extraña independencia del Senado le irritó extraordinariamente: apresuróse á volver á Caprea, seguro retiro desde donde descargaba sus golpes; pero la muerte no se lo permitió. Refiérese esta de varios modos: unos dicen que fué envenenado; otros que al volver de su desmayo le negaron el alimento; otros dicen que fué ahogado debajo de un colchon cuando después de un largo delirio pedía su anillo imperial que le habian quitado durante el letargo. La relación de Séneca tiene algo de dramático. Dice este que sintiendo aproximarse la muerte de Tiberio, se quitó del dedo el anillo y lo tuvo algun tiempo en la mano como para dárselo á otro, después le volvió á poner en el dedo, permaneció por mucho tiempo inmóvil con la mano izquierda cerrada; de repente pidió socorro y ninguno le respondió; se levantó, le faltaron las fuerzas, y cayó al pié de la cama.

En todas estas narraciones hay una cosa notable; la vil sumisión á aquel hombre mientras hubo esperanza de vida; el abandono cuando su muerte se confirmó. Se desmaya, su estancia queda desocupada; vuelve en sí y los que ya principiaban á sucederle palidecen, se callan y no esperan mas que la muerte. Según Tácito, le asesinaron temblando; mientras Calígula, que se había proclamado ya emperador, se quedó pálido y estupefacto al oír que había vuelto á la vida. Macron, el favorito de Tiberio, el sucesor de Seyano, unido secretamente á Calígula, dijo estas palabras: « Dadme un col-

chon que poner sobre este vicio y alejáis de aquí. » Esta es la narración mas probable de la muerte de Tiberio.

Cuando llegó la noticia á Roma se resistieron á creerlo, y sobre todo á alegrarse inmediatamente; temían que fuese un falso rumor esparcido á propósito por los espías de Tiberio; pero la alegría se manifestó cuando se confirmó la noticia. Y aquí observo una cosa. Á la muerte de emperadores mas crueles que Tiberio, en medio del odio público se vió alguna demostración aislada de dolor; sobre la tumba oscura é infame de Neron se colocaron flores por espacio de mucho tiempo; el cuerpo de Calígula, custodiado por la noche, con peligro de la vida, por su mujer, quemado apresuradamente, enterrado en secreto, fué posteriormente colocado en una sepultura mas honrosa por sus hermanas. Tiberio, al contrario, fué sepultado con todos los honores imperiales, á pesar del odio del pueblo que queria que le precipitasen en el Tiber; pero no se elevó sobre su tumba ni un signo de dolor ó de cariño. En el alma depravada de sus dos sucesores habia alguna cuerda mas humana y mas tierna que habia hecho nacer simpatías en otras almas. En Tiberio no habia nada de esto; era un espíritu siempre desconfiado que rechazaba sin cesar y que no atraía nunca.

Un hecho notable pinta las costumbres públicas de aquel pueblo. Hallábanse entonces en las prisiones algunos condenados á muerte; las sentencias no se ejecutaban sino de diez en diez días. Cuando llegó el día fatal, Calígula no estaba en Roma, y los guardas no queriendo responder de nada, los degollaron en la prisión; y el pueblo vió aun sus cadáveres en las gemonías. Tal era el derecho de aquel tiempo: en la duda, la cosa mas segura era matar.

Así, á pesar de todo el odio que habia contra Tiberio, su gobierno subsistía después de él; parecia necesario á Roma, y que esta le llevaba en sí misma á pesar suyo; que el reinado consistía en tener dispuesto al verdugo y al rededor á los pretorianos; porque necesariamente y siempre todo se reduce á esta cuestion material. Así era en efecto: la vida política de Roma quedó tal como la habia constituido Tiberio, ninguno pensó en nuevas instituciones, en los medios de impedir la vuelta de semejante calamidad. En sustancia, nada habia cambiado: habia un Cayo en vez de un Tiberio, siempre un Claudio y un César.

(EXTRACTO DE CHAMPIGNY, lo mismo que la siguiente.)